



EDUCAR LA CONCIENCIA MORAL

JOSÉ M^º MORA

Ya en la transmisión de la vida los padres fueron colaboradores de Dios; luego, una vez nacida la criatura, lo siguen siendo igualmente, igual el padre que la madre, en la gran tarea de desarrollar sus potencialidades físicas, psíquicas y espirituales. Estas últimas las más importantes, pues se trata de inculcar los valores religiosos, culturales y éticos-morales de nuestra civilización.

La educación de la conciencia moral ha de estar presente desde los primeros años, como algo fundamental que sirva, pasado el tiempo, de luz y guía para caminar por la vida. Esta educación no es incompatible con el amor que se les tiene a los hijos, porque amarlos significa también corregirlos y marcarles, sin rigidez, unas determinadas conductas disciplinadas; ejerciendo con ellos una mantenida autoridad, sin excesos, para que pueda ser asumida sin dificultad alguna.

Es muy importante indicarles a veces el por qué de una conducta prohibida para que puedan comprenderla y no la juzguen como arbitraria o de mero capricho. Además, hay que hacerles comprender la importancia de la intención que acompaña a toda acción u omisión, y enseñarles que nunca se deberá hacer una cosa que en sí es mala aunque la finalidad sea buena.

Una complacencia excesiva a las peticiones de los hijos, sobre todo si son antojos, la sobreabundancia de elogios, el dejarles con frecuencia ser el centro de atención, el permitirles que sean quienes tomen las decisiones familiares, todo ello por un mal entendido concepto del amor, puede crear en ellos una actitud egocéntrica y una falsa idea del mundo, que con el paso de los años será de nefastas consecuencias, pues estarán persuadidos de la errónea idea de que todo lo que apetece es bueno y no hay razón para rechazarlo.

Hay padres que, llegado el hijo a cierta edad, confían plenamente en su buen juicio y les permiten *actuar con responsabilidad*, y esto suele ocurrir en momentos claves de su existencia, cuando surgen potentes impulsos erótico-afectivos, que requieren un gran dominio de sí mismo y las ideas muy claras sobre la conducta a seguir. El joven se ve entonces abandonado y no encuentra, con frecuencia, mejor criterio

que seguir "la corriente" y "hacer igual que los demás". Quizá en épocas pasadas este criterio fuera menos desafortunado que en el momento presente, en el que costumbres inmorales han pasado a ser habituales, y de habituales a ser aceptadas legalmente (pensemos en el aborto, por ejemplo) y, finalmente, contemplamos vilipendiadas actuaciones honestas y ejemplares.

Otros padres, a los que no se les puede ocultar su buena intención, declaran que al hijo le han enseñado a *actuar en conciencia* y con tal enseñanza quedan tranquilos. Hay, sin duda, una gran dosis de ingenuidad, y también de ignorancia en esta pedagogía. Ya en el siglo V a.C., Sócrates recelaba de la conciencia moral (como norma subjetiva) y afirmaba que podía estar perturbada de tal forma que cualquier individuo, guiándose por ella, considerara el mal un bien, o viceversa. Y es que el conocimiento, el tener recta conciencia de las cosas, de la bondad y de la maldad de las acciones, tiene mucho que ver con algo profundo del psiquismo, algo que viene a ser el núcleo espiritual de cada hombre; y no siempre se acepta la verdad. No siempre se percibe el bien como bien y el mal como mal. El error, según Sócrates, no se revela como tal, para quien permanece en él, sino que se descubre como auténtico saber.



Pero la verdadera sabiduría, según se desprende de la *Apología* de Jenofonte, su discípulo, supone un camino de purificación y liberación espiritual. Por esto, como afirma un teólogo de nuestro tiempo, Esteban Duque, la tesis socrática sobre el autoengaño supone una gran aportación al pensamiento occidental. Es preciso no apartarnos de las leyes y normas establecidas por Dios, que explícitamente las decretó para que conociéramos la verdad en un mundo tan confuso.



**CENTRO DE ORIENTACIÓN
FAMILIAR DIOCESANO
"SAGRADA FAMILIA"**

DIRECTOR: JOSÉ M^ª MORA MONTES
NEUROPSIQUIATRA

**Servicio especializado de atención
integral a los problemas familiares**

- Terapia familiar y multidisciplinar
- Orientación matrimonial y familiar
 - Comunicación en la pareja
 - Conocimiento de la fertilidad
 - Educación de los hijos
 - Debates de Bioética
 - Orientación en la sexualidad
- Formación para la vida y el amor
 - Atención personalizada

INFORMACIÓN Y CITAS
LUNES A VIERNES

C/. Diego María Crehuet 14, 1º B
Teléfono: 927 241827
www.familiayvidacc.es/COF/

TIEMPO PARA LEER



Dios o nada. CARDENAL ROBERT SARAH.

En una entrevista amplia, sincera y en tantos momentos cautivadora, da testimonio de la centralidad de Dios en nuestras vidas. Es singularmente relevante y profundo lo que África puede aportar a un Occidente en crisis de fe: su fidelidad a Dios, al Evangelio, su compromiso con la familia y con la vida.



Morir bajo tu cielo. JUAN MANUEL DE PRADA.

Magnífica novela inspirada en los hechos que ocurrieron en el sito de Baler, uno de los episodios más heroicos de la historia de España. Con elegante prosa, va trenzando humor y patetismo, poesía y aventura, mientras desnuda el alma de unos personajes inmersos en las más altas y más bajas pasiones humanas.



Retorno al pudor. WENDY SHALIT.

Porque ve mucha infelicidad a su alrededor, propone un ideal más allá de la frivolidad que nos impone la cultura actual. Brillantemente escrito y argumentado, aporta un soplo de aire fresco en la forma de entender las relaciones de pareja, la femineidad y la masculinidad.



Cuentos para educar niños felices. BEGOÑA IBARROLA.

Unos cuentos preciosos ideales para leer en familia, pausadamente, a la vez que se reflexiona sobre los principios de educación emocional que transmiten. Los padres encontrarán ideas y pautas de actuación, y los niños podrán sentirse identificados en las diferentes situaciones.

DE CARA AL VERANO...

CARMEN SOLÍS.

Para vivir nuestra fe hay que hacerlo con coherencia cristiana. Una de las manifestaciones de esa coherencia es vivir el pudor, que es hermano pequeño, pero importante, de la pureza. El cristiano, si de verdad quiere seguir a Cristo, ha de unir, a la pureza interior, la del cuerpo, porque somos templos del Espíritu Santo y así hemos de manifestarnos; de ahí que esto debe notarse al hablar, al vestir o al comportarse en todos los ámbitos de nuestra vida.

Educar a los hijos, y sobre todo a las hijas, en la virtud del pudor es educarles para vivir su fe cristiana y ser coherentes con ella. Y es que al llegar el verano muchas chicas no se dan cuenta que son vulnerables ante las tentaciones contra esta virtud y hacen daño con su forma de vestir a otras personas que se sienten en su vida interior inquietas por lo que ven.

No debemos consentir a nuestras hijas que vayan indignamente vestidas de invitadas a una boda, por ejemplo, si en la ceremonia de ese sacramento piensan acercarse a comulgar y ni aún entrar en la iglesia si no van adecuadamente. Hay trajes de fiesta preciosos y elegantísimos que cubren lo que tienen que cubrir y no exponen el cuerpo

de nuestras hijas a miradas maliciosas e impertinentes.

Y ahí está nuestra responsabilidad de madres. Hemos de ir al Cielo llevando prendidos de cada dedo de nuestras manos el alma de todos los de nuestra familia porque no somos un verso suelto. Hay que hablar con claridad del tema y explicarles los peligros a los que se exponen en el alma y en el cuerpo.

